

TESEGUITE

Fuente: Agustín de La Hoz

Cae apacible la última hora solar, y el cielo se azula y se sonroja hasta quedar hecho un fulgente zafiro. El paisaje antoja una pampa, cuya monotonía es rota, a veces, por enanas palmeras. Ve uno cándidas palomas zureando entre las ramas de un viejo especiero, y más hacia allá, fuera del camino, un burro está atado al tronco de una higuera que no tiene hojas. El dueño del solípedo, doblado el espinazo, revisa la sementera débil y mal nacida a causa de las escasas lluvias. El campesino mira al cielo y cabecea dubitativamente. El cielo es un ascua infinita. El ocaso del sol es un diamante fabuloso. La tarde es un sepulcro.

En Teseguite todo aparenta seguir igual como hace cien, doscientos o trescientos años, pero con la ventaja de que ya no se cree en las sesiones espiritistas, ni en las brujas, ni en las pócimas... Teseguite, y su toponímico es el diminutivo de Tegui, tiene pocos vecinos (unos cuatrocientos), pero son despabilados, vivaces y grandes emprendedores. Hasta hace medio siglo las esforzadas tierras de Teseguite eran propiedad de dos o tres señores forasteros, que las disfrutaban bien en medianías o en total cosecha. Sin embargo, a fuerza de constancia y vehemencia, los pobladores de Teseguite han ido recuperando la propiedad, pudiéndose afirmar hoy que cada quisque tiene en el pueblo su parcela. En otros tiempos, en los campos lanzaroteños, y en particular en estos de Teseguite, los brazos del campesino resultaban muy maltratados, haciéndolos permanecer más tiempo en las fincas que en los hogares, para exigirles bajo un sol inacabable hasta el ciento por uno de su mísero jornal, siguiendo los preceptos establecidos desde maricastaña. Con el tiempo y la reivindicación de sus tierras, el campesino de Teseguite

ha dignificado sus labores agrícolas, que con las nuevas normas protectoras se hacen más fáciles y llevaderas. La mecanización de las faenas de enarenado de tierras antes estériles ha conseguido, sin duda, más amor a la agricultura, tiempo atrás en peligro de muerte debido al gigantesco esfuerzo que tenía que realizar el hombre para obtener un mínimo fruto. Hoy causa alegría ver por estos campos las eras, abrasadas de sol, girando en torno camellos y burros, mientras cantan las muchachas que, apuradamente, mueven la tralla. Sus sombreros de paja, de ancha ala caída, tienen el mismo brillo de las mies, y los hombres bronceados se encorvan, una y otra vez, aprisionando haces, o blandiendo la habilidosa mano, que usa la hoz casi con ritmo de zarzuela.

Tesequite tiene varios molinos de viento, una molina de fuego, y una graciosa ermita con barbacana y calvario exterior. La entrada en Tesequite recuerda en seguida aquellos versos de Enrique de Mesa:

*«Un molino,
perezoso a par de viento.
Un son triste de campana.
Un camino
que se pierde polvo-
riento...»*

Si la visión cervantina de Castilla fue a base de molinos de viento, no menos exacta es la visión de este pueblo lanzaroteño. Hoy se ha revalorizado dicha visión de Castilla remozando a la mayoría de esas inmortales expresiones del paisaje, dándoles los antiguos nombres que el Príncipe de los Ingenios conociera. También los molinos de Tesequite tienen sus propios vocativos, que son preciosos, nacidos del vocerío popular, y se van a remozar como sus hermanos castellanos. ¡Muchos son los molinos de viento que aún subsisten en Lanzarote, y qué ubicaciones tienen, tan propicias para el paisaje insular! ¡Qué hermoso es el paisaje con molinos! Mucho más hermoso aquí, en el país de los alisios, que concitan al poderoso Eolo para que ayude a moler la soledad mística de estos singulares campos de Lanzarote. Porque los molinos en Lanzarote son los testigos del enorme esfuerzo que hace el hombre para domesticar a la tierra, y enseñarla a ser fecunda. Son los vigías de una lontananza calcinada, de una tierra moribunda, pero a la que el hombre insular, contra todo evento, reaviva después de su parto angustioso. ¡Nadie debiera destruir un solo molino de viento! Incluso si la máquina lo desplaza, como así sucede, consérvense los molinos para no talar el paisaje, pues de lo contrario la isla andaría de espaldas al eterno reino de los vientos, tan lanzaroteños y tan atlánticos, que todo lo salubrifican y yodan, haciendo del país un verdadero sanatorio del mundo. Lo mismo debajo del sol, relumbrando sus cales blanquísimas, con calma chicha o con brisas, los brazos de los molinos

son siluetas de anacoretas, aunque en noches de luna llena se parezcan de verdad a los fantasmales gigantes de Don Quijote. Por eso, y no por otra cosa, los molinos deben conservarse nuevos y flamantes, vestidos siempre de blanca cal y lonas nuevas para que brillen sobre la tierra, y para que nuestro paisaje no sea mutilado¹.

Tesequite tiene la particularidad de ser el caserío más diseminado de Lanzarote, porque el pueblo parece un puñado de casitas sembradas a voleo. Son casas, en su mayoría nuevas, que muestran ya el sabroso rincón de sus jardines y huertas, sobresaliendo el sencillo edificio del templo dedicado a San Leandro, el establecedor del rito mozarabe, y que acaso por ese entronque de tipo religioso la mozarabía de Tesequite se pusiera bajo su advocación². Muchos de los moros que importó don Agustín de Herrera, durante sus célebres correrías en África, se bautizaron y quedaron en completa libertad para hacer hogar en Lanzarote, aunque el Primer Marqués procuraba que vivieran extramuros de la Real Villa de Teguiise, naciendo así el poblado de Tesequite. Labrando y cultivando la tierra se domesticaban a sí mismos, pero dentro del alma llevaban su triste condición de infieles. Casábanse con las hijas del país, hasta el punto que Torriani llega a manifestar que «los tres cuartos de los isleños son todos moros, o sus hijos o nietos». No cabe la menor duda de que conservaron sus costumbres berberiscas y sus pensamientos semitas, por lo que aun después de bautizados mantenían su peculiar manera de hablar, «y cuando uno pregunta a otro si tiene algo que hacer contesta que «si Dios quiere», y si le preguntan si el domingo irá a oír misa, contesta que «por fuerza»³. Los primeros habitantes de Tesequite eran gente flaca, parsimoniosa y muy zumbona. Comían gran cantidad de harina de cebada que mezclaban con miel y manteca⁴, chumbos pasados al sol y alguna carne de cabra asada. Es significativo cómo Lanzarote asimiló la «porreta»⁵, que es muy estimada por el campesino actual, cuya mozarabía ancestral la lleva dentro acaso sin notarlo.

Mas Tesequite, con no tener acontecimientos, tiene uno que vale por muchos. Es el caso horrible de María Cruz y de su hermana, «La loca de Lanzarote», que tanta piedad han levantado desde la aciaga noche de un día de 1919: María Cruz, estaba cenando en su casa, que es la que hoy está detrás de dos palmeras al margen de la carretera de Tesequite. La casa de María Cruz está revestida de rojo, como si aún hoy quisiera reprochar, desde su descanso eterno, la ineficacia de las marrullerías de la tierra.

Tocáronle en la puerta, y ella respondió con la mayor naturalidad. Desde fuera pidieronle fósforos, y ella abrió el postigo para hacer ese favor pensando que, en aquellas horas tardías, sería algún campesino de camino. Se sintió atenazada por la cabeza y, en seguida, un dolor agudo por toda la garganta. Allí quedó colgada, la pobre María Cruz, casi sin cabeza, que estaba brutalmente seccionada. Los asesinos entraron en la casa solitaria y comieron alegremente el arroz de Ma-

ría Cruz; luego robaron unas trescientas pesetas y se marcharon hacia donde jugar una partida de cartas.

Como sospechosa se detuvo a Petrita Cruz, hermana de la muerta, delicada criatura para partir el cuello de María de un solo tajo. Ignoro qué haría el forense y qué causas tendría el juez para culpar a la inocente Petrita. Habría que desempolvar aquel sumario.

A todos gritaba la supuesta fraticida que ella no había cometido tan horrendo crimen. Gritaba, gritaba y gritaba, su inocencia, por lo que tardó muy poco en perder los sentidos. Había sido separada de su hogar, de su esposo que, como todos los vecinos, la creía inocente. En la cárcel se le infunde miedo para que se confiese culpable, y ella resiste en medio de su locura. La bárbara y calumniosa acusación se confirma, entretanto la pobre loca de Lanzarote queda embarazada dentro de la prisión, haciéndose aún más penosa la tragedia. ¿Quién, valiéndose de la enajenación de Petrita Cruz osó hacer lascivia? Loca, murió en la celda.

A los ocho años del repugnante crimen se descubren, por desavenencias entre ellos, a los verdaderos asesinos. Son tres jóvenes. Uno de ellos vicioso en extremo, los otros jugadores y atrofiados por el vino. Se sabe que están en Buenos Aires, y nada se hace por reivindicar la memoria y el martirio de Petrita Cruz. Una mañana, concretamente el 7 de agosto de 1927, llega el *correillo* y a su bordo viene Marco Concepción, a quien se supone complicado en el asesinato de María Cruz. No sé cómo ni por qué, pero lo cierto es que Marquillo fue puesto en libertad, y lo mismo él que sus compañeros han vivido hasta nuestros días gozando de la luz solar, entretanto la sangre de María Cruz y la vida martirizada de Petrita, claman la reivindicación de sus nombres.

«Conmueve la tribulación de esa desdichada víctima de un error judicial — dice «El Tribuno»⁶, de un verdadero error judicial cual el de Osa de la Vega, fundado en la declaración de culpabilidad que a palos y vergajazos arrancaron hombres sin honor ni conciencia a los dos «asesinos» del pastor Grimaldos. En Lanzarote no hubo tormentos ni nada parecido: tampoco tuvo contra sí Petra Cruz la oposición de sus convecinos, que siempre la creyeron inocente. En el caso de Belmonte de Tajo resucitó el «asesinado»; en éste de Lanzarote se ha dado después de ocho años con los criminales. Asusta pensar en los inocentes que puedan estar en presidio, quedar, si viven, destruida su buena fama, porque no se encuentre nunca a los asesinos ni aparezca jamás vivo el asesinado».

El crimen de María Cruz perdura latente en Tesequite y en la isla entera, pero acaso sea la figura de Petrita, sin juicio y sin vida, con el lauro del martirio, la que más adentro del corazón insular esté, porque ya es un símbolo imperecedero de felicidad truncada.

Yo me figuro que por las noches, bajo la luna calina, a Petrita Cruz conversando con su hermana María, todavía maravilladas de seguir viviendo antes de la resurrección.

*«Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que, arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude a tribunal augusto?»*

La llanura de Teseguite parece extendida sin márgenes y son las montañas
lejanas las que parecen hacer su calle más importante. La noche se cierra y todo
se sume en silencio...

NOTAS AL CAPÍTULO

1. Magistral canto hace «Ángel Guerra», en «La Lapa», a los molinos insulares.
2. Teseguite fue primeramente habitado por moros cristianos pertenecientes al Señor de Lanzarote.
3. *Descripción de las Islas Canarias*.— Leonardo Torriani, cp. X, pág. 44. Alejandro Cioranescu.
4. En Ait Baamarán y en toda la zona beréber del Antiatlas hay un clásico plato, llamado *alcuzcuz*, que se compone de esos elementos.
5. Hoy se conocen en Lanzarote por «porretas», y en Berbería por «canaris».
6. Tomamos la información del semanario «Lanzarote» (18-9-27), que, a su vez, la reproduce de «El Tribuno» y que firma don Roberto Castrovido.